

### III ASAMBLEA ECUMÉNICA DE IGLESIAS DE EUROPA SIBIU 4-9 DE SEPTIEMBRE DE 2007

#### *Balance provisional al final del camino recorrido*

Sibiu, ciudad rumana ubicada en el corazón de la Transilvania, fue el lugar elegido para culminar un proceso de diálogo y de encuentro de cristianos de toda Europa: la III<sup>a</sup> Asamblea ecuménica de Iglesias cristianas. Sibiu, ciudad de fuerte impronta alemana (su segundo nombre es Hermanstadt), y de presencia secular de diversas confesiones cristianas, diversas razas y lenguas, abrió sus puertas en el mes de septiembre de 2007 a una original Asamblea. Sus iglesias ortodoxas, católicas y protestantes, fueron la “casa común” cristiana por una semana y se convirtieron de algún modo en “las iglesias de Europa”. La belleza exterior de la ciudad, puesta a punto gracias a que coincidía ese año con la capitalidad europea de la cultura, se hizo más patente al acoger la belleza interior que da a un pueblo el hacerse más consciente de sus raíces religiosas, culturales y sociales. En este caso, y desde el recibimiento del alcalde de la ciudad, quedó patente, sin ningún complejo, que esas raíces que dan nombre e identidad a Sibiu y a Rumanía (como a Europa) están ancladas sobre todo en el cristianismo. Fue muy valiente el discurso de bienvenida del alcalde de la ciudad, Dr. Klaus Johannis, cuando dijo que nos recibía en una ciudad cristiana, y para que todos lo viesen se había colocado una gran cruz en una colina cercana que en la noche estaba iluminada. Idea que cuadraba muy bien con el lema de la Asamblea: “La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa”.

La tercera vez que una representación de todos los cristianos de Europa se han reunido en Asamblea lo han hecho de manera a la vez parecida y a la vez distinta de las dos anteriores. Lo que ha sido semejante, a modo de hilo conductor, ha sido la finalidad de dicha Asamblea: buscar caminos concretos que lleven a los seguidores de Cristo en Europa a poder confesar una Iglesia que vive en unidad, en medio de la diversidad de sus ritos y tradiciones. Tanto en Basilea (1989) como en Graz (1997) el conjunto de todas las Iglesias cristianas se reunieron por espacio de una semana con la finalidad de reencontrar la unidad perdida. Esto ha sido lo común. Pero lo original de esta Tercera Asamblea ha sido el haberla concebido como un proceso largo, de casi dos años de duración, en el cual se ha llevado a cabo una especie de *peregrinación ecuménica* de las Iglesias por las tres tradiciones principales del cristianismo europeo: católica, protestante y ortodoxa.

En efecto, la tercera Asamblea ha tenido cuatro fases que han tratado de involucrar a todos los cristianos del viejo continente en las finalidades que ella ha perseguido. Por eso, el proceso comenzó en Roma, en enero de 2006, donde la Iglesia católica, por voz del Papa, dejó claro su compromiso de hacer todo lo que está en su mano para alcanzar la meta de la unidad visible de los discípulos de Cristo. Continuó en las Iglesias locales de todo el continente, donde se han realizado una gran cantidad de iniciativas ecuménicas (en el nivel local, regional y nacional) llenas de imaginación y de pasión, que han logrado tejer una red de relaciones, de oraciones y de iniciativas de encuentro que, sin duda, ha fortalecido el ecumenismo europeo. La tercera fase quiso encontrar y conocer mejor la Reforma protestante, y se desarrolló en Wittemberg, ciudad donde Lutero y Melanchthon comenzaron su aventura reformadora y pasaron la mayor parte de su vida escribiendo y dirigiendo el nuevo movimiento que con el tiempo se llamó “protestantismo”. Allí los representantes de las Iglesias de Europa pudieron también orar en la tumba de ambos reformadores. Todo este proceso asamblear culminaba en la primera semana de septiembre de 2007 en un país de mayoría ortodoxa, Rumanía.

A la hora de valorar el conjunto del camino recorrido, una primera observación que puede hacerse es que el hecho de haber sido concebida la Asamblea como un “proceso”

dinámico dilatado en el tiempo se ha demostrado como un gran acierto. Porque ello ha permitido que poco a poco, durante dos años, el ecumenismo propuesto por la Asamblea haya ido calando en muchos ámbitos eclesiales a los cuales no hubiera llegado si todo se hubiera resuelto en unos días de reunión en un lugar de Europa. La duración relativamente larga y el recorrer los lugares más significativos del cristianismo europeo, preñados de significación histórica, teológica y espiritual, ha dado una consistencia y una resonancia a esta Asamblea que no tuvieron las anteriores.

En segundo lugar, hay que destacar la consecución de uno de sus fines principales, es decir, el acuerdo de las Iglesias sobre la meta principal que persigue la acción ecuménica: *la unidad visible y plena de todos los cristianos*. Esto no siempre está claro, y constituye un punto delicado de nuestras relaciones. Por una parte existe el peligro real de una re-confesionalización de las Iglesias, que se resuelve en un conformismo con la situación creada por la historia. Se dice: “nada podemos hacer por una unidad plena; aceptemos la situación creada y procuremos vivir lo más posible en paz entre las Iglesias, para que nuestras peleas no sean un escándalo. Pero pensemos que, en el fondo, no podemos hacer más”. Algunos han llamado a esta actitud “fatiga ecuménica”, y es un peligro que generalmente se da entre ortodoxos y católicos. El otro peligro es de la convicción de la no necesidad de una unidad visible por razón de la concepción teológica de la Iglesia. La eclesiología protestante, en general, ha conducido en los últimos años a un relativismo eclesiológico que acepta a todas las Iglesias por igual como partes de la única y verdadera Iglesia de Cristo, que es la invisible.

Pues bien, al paso de estos dos peligros ha salido la idea, varias veces repetida, y formulada con claridad en Sibiu, de que la unidad visible es una meta a la cual no podemos renunciar los cristianos, y menos en Europa, donde hemos de sentirnos responsables de ser el continente en el que se han dado la mayoría de las divisiones de la Iglesia. En este sentido, con voz valiente y profética el cardenal Tettamanzi dijo: “la que se reúne en Sibiu, en esta nuestra asamblea ecuménica, es la única Iglesia de Cristo ... la identidad profunda del cristiano no es étnica, cultural o confesional, sino escatológica, porque en Cristo somos ya y todavía no del todo hijos

de Dios". El sincero discurso del cardenal W. Kasper, reproducido en esta revista, fue sin duda el más aplaudido, y la razón, a nuestro modo de ver, es porque se palpaba en la Asamblea el deseo de reafirmación de que la meta de la unidad visible no es una quimera imposible, sino un mandato del Señor y una gracia del Espíritu Santo que hemos de hacer realidad mediante nuestra conversión. El patriarca ecuménico Bartolomé lo dijo también con bella expresión, reafirmando su compromiso "a hacer todo lo que está en nuestro poder para promover el sagrado deber de la restauración de la plena comunión eclesial y sacramental entre las Iglesias", y expresando la esperanza de que "también esta III Asamblea ecuménica europea se concluya con consignas concretas en este sentido".

En tercer lugar, la Asamblea ha resultado exitosa por ocuparse de una cuestión que ella se proponía de forma consciente: hacer oír la voz de las Iglesias cristianas ante las autoridades de la Unión Europea, dado el momento histórico trascendental en que Europa se encuentra en su proceso de unificación política, social y económica. No hay duda de que es muy preocupante la constatación de cómo un entero continente se avergüenza y oculta las raíces religiosas y culturales de su propia identidad cuando se pone a redactar una constitución que trata de recoger lo mejor de su historia y quiere plasmar sus esperanzas de futuro. Cuando Europa reniega de su pasado y quiere prescindir de sus raíces cristianas, las que en mayor medida le han dado y le dan hoy el alimento moral, espiritual y cultural que constituyen el núcleo de su propia identidad, se enfrenta a un proceso de enfermedad de una cultura que ya no se encuentra a sí misma. En esta cuestión Europa está poniendo en juego algo muy serio, a saber, el dilema de tener un presente con sentido y ser dueña de una esperanza para el futuro (esperanza que dinamiza las mejores fuerzas de los ciudadanos europeos), o caminar sin rumbo hacia algo que no se sabe donde puede terminar. El papa Juan Pablo II tuvo una clara visión de esta idea desde el inicio de su pontificado, como demostró en su "discurso europeísta" pronunciado en Santiago de Compostela el 9 de noviembre de 1982. Y el actual obispo de Roma, Benedicto XVI, está realizando la misma meritoria labor al invitar a Europa a pensar a fondo sobre esta grave cuestión, teniendo a su favor su enorme capacidad de reflexión y potencia intelectual. Sobre

esta cuestión, el obispo representante de la Iglesia evangélica alemana, W. Huber, mantuvo en la Asamblea de Sibiu una posición en pleno acuerdo con las ideas del papa actual sobre el papel que la fe cristiana representa en la Europa de hoy. Por su parte, Walter Kasper lo afirmó con claridad en su discurso: “Europa debe situarse a favor de sí misma, a favor de su historia y de sus valores, que en el pasado le dieron grandeza y que pueden garantizarla un nuevo porvenir. Esta es nuestra misión común”. El metropolitano Kirill, de Rusia lo decía de forma más sencilla: “Para sobrevivir al mundo de hoy Europa debe permanecer un continente cristiano”.

¿Es principalmente la voz católica, insistiendo por boca de los papas, la que debe oírse en Europa ante tal encrucijada histórica y cultural? Es evidente que no, y la III Asamblea de Iglesias de Europa no ha querido dejar de hacer una propuesta cristiana común ante las autoridades de la Unión europea, inmersas ahora en un proceso de reinicio del proyecto de constitución o de un vínculo semejante. Es este contexto de nuestra historia el que hace ver la importancia y el alcance de que en la Asamblea estuvieran presentes figuras como Manuel Durao Barroso, presidente de la Comisión europea, Traian Basescu, presidente de la república de Rumanía, René van der Linden, presidente de la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa o el comisario Leonard Orban, miembro rumano de la Comisión Europea. Por la parte de las Iglesias ha sido significativa la presencia de figuras como el Patriarca ecuménico de Constantinopla Bartolomé I, el presidente y vicepresidente del CCEE: cardenal Erdö, de Hungría y cardenal Ricard de Francia, el pastor calvinista francés Jean-Arnold de Clermont, presidente de la KEK, Peter Pavlovic encargado en la KEK de la Comisión “Iglesia y Sociedad”, Mons. Adrianus van Luyn, presidente de la Comisión de las Conferencias episcopales ante la Comunidad europea (COMECE), y Mons. Noel Treanor, secretario general de dicha institución, Kirill de Smolensk, presidente del departamento de relaciones externas del patriarcado de Moscú, W. Huber, presidente del Consejo de la Iglesia evangélica en Alemania, o el metropolitano Daniel de Moldavia y Bucovina, *locum tenens* del patriarcado de la Iglesia ortodoxa rumana, pues el patriarca había fallecido semanas antes (a los pocos días de terminar la Asamblea, sería él mismo elegido patriarca). El papa Benedicto XVI envió su legado con un

mensaje que alentó mucho las tareas de la Asamblea y volvió a repetir que el ecumenismo constituye una de las prioridades de su pontificado. A resaltar también la valiente exposición del presidente de la KEK, pastor protestante francés, en el Foro sobre Europa, pidiendo una intensificación y un nuevo método para un diálogo más auténtico entre los políticos europeos y las Iglesias cristianas.

Una cuarta cuestión que muestra las dimensiones de la Asamblea ecuménica es el hecho de haberse celebrado en un país de mayoría ortodoxa. No hemos de dar por evidente que esto suceda, pues no es fácil encontrar una apertura ecuménica en una Iglesia oriental del Este de Europa, que normalmente ha vivido su fe ortodoxa sin muchas aspiraciones a la unidad, al menos concebida al estilo católico. Es por ello de gran importancia que haya tenido lugar esta Asamblea en Rumanía, y por ello mérito del anterior patriarca, Teoctist, y del metropolitano de Sibiu, que acogieron la idea de buen grado desde el principio, a pesar de las dificultades propias de un país con una realidad histórica reciente muy compleja. No olvidemos que en la ortodoxia no ha habido un concilio ecuménico, como el Vaticano II, que haya arraigado un compromiso común por el ecumenismo en toda la ortodoxia, ni se posee un decreto general al estilo de *Unitatis redintegratio*. Cada patriarcado funciona de forma totalmente independiente, y dentro de él, en general, se suele dar una falta de formación en estas cuestiones. Por todo ello, creemos que esta Asamblea de Sibiu ha sido una gracia y una oportunidad para la ortodoxia, y más en concreto para la Iglesia rumana, que en la elección de su nuevo patriarca ha demostrado que está dispuesta a recorrer el camino hacia la unidad, pues el elegido, el metropolitano Daniel de Bucovina, participa desde hace muchos años en los más importantes foros del ecumenismo al más alto nivel teológico y eclesial. La asamblea ha sido un pequeño anticipo del protagonismo que poco a poco irá tomando en la Unión la Europa oriental.

De mucho provecho para los asistentes ha sido la gran variedad de Foros, en concreto nueve, divididos según el tema general del día. El miércoles día 5 de septiembre el tema general fue "La luz de Cristo y la Iglesia". Por la mañana se tuvieron las ponencias que lo encuadraban y a él correspondieron en la tarde los foros: unidad, espiritualidad, tes-

timonio. La misma dinámica tuvieron los días siguientes; el jueves día 6 el tema general fue “La luz de Cristo y Europa”, al que correspondieron los foros: Europa, religiones, migraciones. El viernes tuvo como tema general “La luz de Cristo y el mundo”, y de ahí el tema derivó en los foros hacia: creación, justicia, paz. Como se ve, todos ellos son temas que preocupan en la Europa actual y que suponen tareas importantes tanto para la sociedad como para las Iglesias cristianas. Muchos días se hacía difícil elegir en qué foro participar, pero para tener una visión del conjunto de las participaciones y de las ideas aportadas habrá que esperar a que la documentación surgida de la Asamblea vaya ofreciéndonos un ámbito privilegiado de reflexión sobre cuestiones que están tan en el candelero de nuestro trabajo y nuestra vida cotidiana.

Además de estos foros, durante los descansos, la Asamblea ofrecía los *agora* que permitían a los delegados de las Iglesias intercambiar informaciones sobre la vida de sus respectivas Iglesias. Por las noches, junto a eventos culturales en la plaza central de la ciudad (o del mercado), se organizaron “Encuentros temáticos” que dieron la posibilidad a pequeños grupos de abordar cuestiones relacionadas con los temas de la Asamblea. Puesto que los grupos eran más reducidos, de unas 50 personas, estos encuentros favorecieron el diálogo y la discusión de algunas cuestiones que resultaron muy vivas y permitieron un acercamiento a los temas con los protagonistas principales que están viviendo aquello de lo que se hablaba.

Los católicos hemos de notar una cuestión que no puede pasar desapercibida. Una Asamblea ecuménica celebrada en Rumanía no podía dejar de tener un impacto sobre los católicos de este país, la mayoría de rito bizantino. La Iglesia greco-católica rumana es hoy una minoría religiosa, pero minoría significativa, tanto en número como en peso eclesial dentro del país. Su historia reciente está marcada por grandes sufrimientos, y una fidelidad a la fe que costó mucha sangre, cárceles y torturas en el periodo comunista. Esta Iglesia hoy florece en libertad, y con valiente decisión se ha organizado para alcanzar una situación de normalidad, e incluso de muchas esperanzas. El testimonio de sus mártires recientes fortalece el vigor de su perseverancia en las dificultades. Sin duda, la presencia de miles de católicos de toda Europa

(varios cardenales, unos 70 obispos, cientos de presbíteros, religiosas y religiosos, laicos comprometidos en la causa de la unidad) les ha reconfortado y dado ánimos para seguir en su lucha y su camino de normalización, toda vez que no siempre las relaciones con los hermanos ortodoxos son sencillas y fluidas ene. contexto rumano.

Culto y oración, reflexiones bíblicas, sesiones plenarias y grupos temáticos, *forum* y *agora*, encuentros personales y diálogos en ambiente distendido en los momentos culturales, han hecho de esta Asamblea ecuménica un acontecimiento de primera magnitud en nuestro fatigoso camino hacia la unidad cristiana, a la que no podemos renunciar, y en particular las Iglesias de Europa no pueden renunciar. Los que allí hemos participado, hemos sentido que es el Espíritu Santo quien impulsa a la Iglesia por esta senda. La fraternidad que allí se respiró nos ha hecho sentir más Iglesia, más Europa, y nos ha hecho ver que hoy no podemos ser cristianos consecuentes con el seguimiento de Cristo y su proyecto de reconciliación si no nos empeñamos con fuerzas renovadas en curar las heridas de la división de los cristianos. División que en medio de una Europa cada más unida en los ámbitos sociales, políticos y económicos, no deja de ser un escándalo cada vez mayor.

La Asamblea no tenía como campo de trabajo el diálogo doctrinal, una actividad propia de otros ámbitos. Pero hay que decir que en su interior se han expresado indicaciones muy claras sobre la voluntad de las Iglesias de trabajar cuanto antes temas doctrinales concretos, como el mutuo reconocimiento del bautismo, que esperamos sean recogidos en breve en las comisiones mixtas así como por parte de las autoridades jerárquicas, de modo que Sibiu contribuya también a realizar pasos adelante en los acuerdos sobre la doctrina cristiana común. Justamente las palabras del cardenal Kasper mostraron hasta que punto el ecumenismo de hoy está entrando en una nueva fase, lo cual no quiere decir que estamos en un momento malo. Sus expresiones fueron de un gran realismo y dan fe de que el ecumenismo se hace más difícil porque va atreviéndose a afrontar las cuestiones más espinosas. Siendo muy comprensivo con el dolor que ha causado a los protestantes la última intervención de la Congregación para la doctrina de la fe en ese mismo verano de 2007,



sin embargo no dejó de expresar que “un ecumenismo de mimos o de fachada, en el cual deseamos sólo ser amables los unos con los otros, no ayuda a realizar progresos; solamente el diálogo en la verdad y en la claridad puede sostenernos para ir adelante”. Al documento vaticano, el obispo luterano Huber replicó con fuerza que “ninguna Iglesia por sí sola puede reflejar la luz de Cristo. Una Iglesia que pretenda ser la única que es ‘Cristo existente como comunidad’, desclasa inevitablemente a las otras Iglesias y las impide brillar juntas. Para las Iglesias protestantes, el respeto por la cualidad eclesial de las otras es indispensable; él funda la unidad en la diversidad y abre el camino a una diversidad reconciliada”. Estas expresiones nos dan idea del clima de sinceridad que reinó en la Asamblea, aunque a algunos les pareció que era dureza.

La joven pastora protestante alemana Almut Bretschneider-Felzmann, al terminar los trabajos decía: “Cuando sea mayor, ¿mi hijo me reprochará porqué no hemos sido capaces de afrontar los nudos decisivos para la unidad de los cristianos o me agradecerá porqué no nos hemos detenido?”. Con esta punzante pregunta de una madre que piensa con la responsabilidad eclesial por la unidad se concluían los trabajos de la Asamblea de Sibiu. El mensaje final, por vez primera, se elaboró mediante un método participativo de redacción, a medida que avanzaba la Asamblea. Es importante notar que el obispo Vincenzo Paglia, a la vista de la importante reflexión que plasmaron en un comunicado los jóvenes participantes, reunidos días antes en Saint Maurice (Suiza), decidiera que dicho comunicado fuese agregado al documento final de la Asamblea. Vale la pena leer despacio el comunicado final de la Asamblea, porque refleja muy bien lo vivido en Sibiu: las sensibilidades eclesiales y ecuménicas que allí han emergido, las preocupaciones sociales (el no a la guerra, el protagonismo eclesial de los emigrantes, el compromiso por la ecología, la tutela de la vida en todas sus fases, la custodia de la dignidad humana) y la propuesta de algunos caminos concretos que ayudarán al cristianismo europeo actual a reencontrar la unidad perdida que permita dar testimonio de Cristo, luz del mundo, con mayor credibilidad. Fue muy bello el gesto espontáneo de los participantes cuando en medio de la plaza del mercado, al terminar el domingo la Asamblea, unieron sus manos y gritaron al unísono: ¡Unitate,

unitate!, tal como sucedió en Bucarest al final de la visita del papa Juan Pablo II a Rumanía. Esperemos que ese grito sea el que dé un nuevo impulso al ecumenismo europeo.

PROF. DR. FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO SCJ  
*Representante de la UCESM en el Comité  
organizador y en la Asamblea ecuménica*

## SOBRE LA SITUACIÓN ECUMÉNICA ACTUAL

Informe que ofreció el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, ante Benedicto XVI y los cardenales de la Iglesia reunidos en el Vaticano el 23 de noviembre de 2007, en la víspera del consistorio público ordinario para la creación de nuevos purpurados\*.

En el tiempo de que dispongo, por desgracia, sólo podré presentar en sus grandes líneas y, no de modo exhaustivo, los informes y reflexiones sobre la situación ecuménica actual. Con todo, espero que mi relación ponga de relieve la obra de la divina Providencia, que guía hacia la unidad a los cristianos separados, para que su testimonio sea un signo cada vez más claro ante el mundo.

1. Comenzaré con una primera observación, que considero esencial. Lo que llamamos ecumenismo -y que es necesario distinguir del diálogo interreligioso- encuentra su fundamento en el testamento que nos dejó Jesús mismo la víspera de su muerte: “Ut unum sint” (*Jn* 17, 21). El concilio Vaticano II definió la promoción de la unidad de los cristianos como uno de sus principales objetivos (cf. *Unitatis redintegra-*

\* Traducción de la versión en lengua francesa por el Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, en: CPPUC, *Service d'information* n. 126 (2007/IV) 197-201.

tio, 1) y como un impulso del Espíritu Santo (cf. *ib.*, 1 y 4). El Papa Juan Pablo II declaró que la búsqueda ecuménica es un camino irreversible (cf. *Ut unum sint*, 3); y el Papa Benedicto XVI, desde el primer día de su pontificado, asumió como compromiso primario el trabajar sin escatimar energías en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los seguidores de Cristo. Es consciente de que para esto no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que entren en los corazones y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el presupuesto de todo progreso en el camino del ecumenismo (cf. *Homilía en la misa en la capilla Sixtina ante el Colegio cardenalicio*, 20 de abril de 2005). Por tanto, el ecumenismo no es una elección opcional, sino un deber sagrado.

Naturalmente, ecumenismo no es sinónimo ni de humanismo ingenuo ni de relativismo eclesiológico. Se apoya en la firme conciencia que la Iglesia católica tiene de sí misma y en los principios católicos, de los que habla el decreto sobre el ecumenismo (cf. *Unitatis redintegratio*, 2-4). Es un ecumenismo de la verdad y de la caridad; ambas están íntimamente unidas y no pueden sustituirse mutuamente. Ante todo, es preciso respetar el diálogo de la verdad. Las normas concretas están expuestas de modo vinculante en el “Directorio ecuménico” de 1993.

El resultado más significativo del ecumenismo en los últimos decenios -y también el más gratificante- no son los diversos documentos, sino la fraternidad recuperada, haber redescubierto que somos hermanos y hermanas en Cristo, haber aprendido a apreciarnos los unos a los otros, y haber emprendido juntos el camino hacia la unidad plena (cf. *Ut unum sint*, 42).

Por este camino, la cátedra de Pedro se ha convertido durante los últimos cuarenta años en un punto de referencia cada vez más importante para todas las Iglesias y para todas las comunidades eclesiales. El hecho de que, tras el entusiasmo inicial, se haya asumido una actitud de mayor sobriedad demuestra que el ecumenismo se ha vuelto más maduro, más adulto. Ya es una realidad diaria, percibida como algo normal en la vida de la Iglesia. Con gran gratitud debemos reconocer en ese desarrollo la obra del Espíritu Santo que guía a la Iglesia.

De modo más específico, podemos distinguir tres campos en el ecumenismo. Ante todo, el de las relaciones con las antiguas Iglesias orientales y con las Iglesias ortodoxas del primer milenio, que reconocemos como Iglesias puesto que, a nivel eclesiológico, han mantenido como nosotros la fe y la sucesión apostólicas. En segundo lugar, el de las relaciones con las comunidades eclesiales surgidas directa o indirectamente -como las Iglesias libres- de la Reforma del siglo XVI; estas comunidades han desarrollado su propia eclesiología, tomando como fundamento la sagrada Escritura. Y, por último, la historia reciente del cristianismo ha registrado una “tercera oleada”, la del movimiento carismático y el movimiento pentecostal, surgidos al inicio del siglo XX y extendidos luego por todo el mundo con un crecimiento exponencial.

Así pues, el ecumenismo debe afrontar una realidad muy variada y diferenciada, que se caracteriza por fenómenos muy diversos según los contextos culturales y las Iglesias locales.

2. Comencemos por las Iglesias del primer milenio. Ya en los primeros diez años de diálogo con las Iglesias orientales pre-calcedonenses, o sea, en el período comprendido entre los años 1980 y 1990, logramos resultados importantes. Gracias al consenso conseguido entre el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II con los Patriarcas respectivos fue posible superar las antiguas controversias cristológicas surgidas en torno al concilio de Calcedonia (año 451) y, por lo que atañe a la Iglesia asiria de Oriente, en torno al concilio de Éfeso (año 381).

En la segunda fase, el diálogo se concentró en la eclesiología, es decir, en el concepto de comunión eclesial y en sus criterios. El próximo encuentro se tendrá en Damasco del 27 de enero al 2 de febrero de 2008. En él se discutirá por primera vez el borrador de un documento sobre “Naturaleza, constitución y misión de la Iglesia”. Gracias a este diálogo, las Iglesias de antigua tradición, e incluso de tradición apostólica, toman de nuevo contacto con la Iglesia universal después de haber vivido al margen de ella durante mil quinientos años. Es muy normal que eso suceda sólo lentamente, paso a paso, dadas las circunstancias, es decir, los muchos siglos de separación y las grandes diferencias de cultura y mentalidad.

El diálogo con las Iglesias ortodoxas de tradición bizantina, siríaca y eslava, se inició oficialmente en 1980. Con esas Iglesias tenemos en común los dogmas del primer milenio, la Eucaristía y los demás sacramentos, la veneración de María, Madre de Dios, y de los santos, y la estructura episcopal de la Iglesia. A estas Iglesias, como a las antiguas Iglesias orientales, las consideramos Iglesias hermanas de las Iglesias locales católicas. Ya existían diferencias en el primer milenio, pero en esa época no se percibían como un factor de división en el seno de la Iglesia. La separación verdadera se produjo a través de un largo proceso de alejamiento y alienación, a causa de una falta de comprensión y de amor recíprocos, como puso de manifiesto el concilio ecuménico Vaticano II (cf. *Unitatis redintegratio*, 14). Por tanto, lo que sucede hoy es necesariamente un proceso inverso de reconciliación mutua.

Los primeros pasos importantes se dieron ya durante el Concilio. Conviene recordar, por ejemplo, el encuentro y el intercambio de correspondencia entre el Papa Pablo VI y el Patriarca ecuménico Atenágoras, el famoso “*Tomos agapis*” y la cancelación de la memoria de la Iglesia de las excomuniones recíprocas del año 1054, en el penúltimo día del Concilio. Sobre esas bases fue posible reanudar algunas formas de comunión eclesial del primer milenio: el intercambio de visitas, de mensajes y de misivas entre el Papa y los Patriarcas, sobre todo con el Patriarca ecuménico; la cordial convivencia y colaboración en muchas Iglesias locales; la concesión, para uso litúrgico, de edificios de culto por parte de la Iglesia católica a cristianos ortodoxos que viven entre nosotros en la diáspora, como signo de hospitalidad y de comunión.

Durante el Ángelus pronunciado con ocasión de la fiesta de San Pedro y San Pablo de este año, el Papa Benedicto XVI subrayó que con estas Iglesias estamos ya en una comunión eclesial casi plena.

En los primeros diez años del diálogo, desde 1980 hasta 1990, se puntualizó y se puso de relieve lo que tenemos en común con respecto a los sacramentos (sobre todo, a la Eucaristía) y al ministerio episcopal y sacerdotal. Sin embargo, el cambio político de 1989-1990, en vez de simplificar nuestras relaciones, las complicó. La vuelta de las Iglesias católicas orientales a la vida pública, después de años de brutales persecuciones y de heroica resistencia pagada incluso al precio

de la sangre, ha sido vista por las Iglesias ortodoxas como amenaza de un nuevo “uniatismo”. Así, en la década de 1990, a pesar de las importantes aclaraciones que se hicieron en los encuentros de Balamand (1993) y Baltimore (2000), el diálogo se estancó. La situación de crisis se agudizó sobre todo en las relaciones con la Iglesia ortodoxa rusa después de la erección canónica de cuatro diócesis en Rusia el año 2002.

Gracias a Dios, después de muchos esfuerzos realizados con paciencia, el año pasado fue posible reanudar el diálogo; en 2006 se tuvo un encuentro en Belgrado y hace cerca de un mes nos reunimos de nuevo en Rávena. En esa ocasión, se produjo una decisiva mejora por lo que respecta al ambiente y a las relaciones, a pesar de que se ausentó la delegación rusa por motivos inter-ortodoxos. Así se inició una prometedora tercera fase de diálogo.

El documento de Rávena, titulado: “Consecuencias eclesiológicas y canónicas de la naturaleza sacramental de la Iglesia”, ha constituido un vuelco importante. Por primera vez, los interlocutores ortodoxos han reconocido un nivel universal de la Iglesia y han admitido que también en este nivel existe un *Protos*, un Primado, que sólo puede ser el Obispo de Roma según la *taxis* de la Iglesia antigua.

Todos los participantes son conscientes de que este es sólo un primer paso y que el camino hacia la comunión eclesial plena será aún largo y difícil; sin embargo, con este documento hemos puesto una base para el diálogo futuro. El tema que se abordará en la próxima sesión plenaria será: “El papel del Obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer milenio”.

Por lo que atañe más específicamente al Patriarcado de Moscú de la Iglesia ortodoxa rusa, las relaciones en los últimos años se han allanado sensiblemente. Podemos decir que ya no hay hielo, sino deshielo. Desde nuestro punto de vista, sería útil un encuentro entre el Santo Padre y el Patriarca de Moscú. El Patriarcado de Moscú nunca ha excluido categóricamente ese encuentro, pero considera oportuno resolver antes los problemas que, a su parecer, existen en Rusia y sobre todo en Ucrania. Conviene recordar, por lo demás, que se han tenido muchos encuentros también en otros niveles. Entre ellos cabe mencionar la reciente visita del Patriar-

ca Alexis II a París, considerada por ambas partes como un paso importante.

Resumiendo, podemos afirmar que aún serán necesarias una continua purificación de la memoria histórica y muchas oraciones para que, sobre la base común del primer milenio, logremos colmar la fractura entre Oriente y Occidente, y restablecer la comunión eclesial plena. A pesar de las dificultades que aún persisten, es fuerte y legítima la esperanza de que, con la ayuda de Dios y gracias a la oración de tantos fieles, la Iglesia, después de la división del segundo milenio, en el tercero vuelva a respirar con sus dos pulmones.

3. Pasemos ahora a las relaciones con las comunidades eclesiales surgidas de la Reforma. También en este campo se han registrado signos estimulantes. Todas las comunidades eclesiales se han manifestado interesadas en el diálogo, y la Iglesia católica mantiene el diálogo con casi todas las comunidades eclesiales. Se ha alcanzado cierto consenso en el ámbito de las verdades de fe, sobre todo por lo que concierne a las cuestiones fundamentales de la doctrina sobre la justificación.

En muchos lugares existe una fecunda colaboración en el ámbito social y humanitario. Se ha generalizado progresivamente una actitud de confianza mutua y de amistad, caracterizada por un profundo deseo de unidad, que sigue existiendo a pesar de que, de vez en cuando, se registran tonos más duros y ásperas desilusiones. De hecho, la intensa red de relaciones, tanto personales como institucionales, que se han desarrollado mientras tanto, puede resistir las tensiones ocasionales.

La situación ecuménica no ha sufrido ninguna interrupción, sino un profundo cambio. Se trata del mismo cambio que han experimentado la Iglesia y el mundo en general. Aquí me limitaré a citar sólo algunos aspectos de esta transformación.

1) Después de haber logrado un consenso fundamental sobre la doctrina de la justificación, ahora debemos nuevamente discutir temas clásicos controvertidos, entre los que cabe destacar la eclesiología y los ministerios eclesiales (cf. *Ut unum sint*, 66). A este propósito, las “Cinco respuestas” dadas por la Congregación para la doctrina de la fe el pasado mes de julio han suscitado perplejidad y originado cierto



malhumor. La agitación que se ha producido con respecto a ese documento era, por lo general, injustificada, pues el texto no afirma nada nuevo, sino que reafirma de modo sintético la doctrina católica. Sin embargo, sería de desear que se revisara la forma, el lenguaje y la presentación en público de esas declaraciones.

2) Las diferentes eclesiologías llevan necesariamente a tener distintas concepciones de lo que es la finalidad del ecumenismo. Así, el hecho de que nos falte un concepto común de unidad eclesial como meta por alcanzar, es un problema. Ese problema es aún más grave si consideramos que la comunión eclesial es para los católicos el presupuesto para una comunión eucarística y que la ausencia de una comunión eucarística conlleva grandes dificultades pastorales, sobre todo en el caso de matrimonios y familias mixtas.

3) Mientras, por una parte, nos esforzamos por superar las antiguas controversias, por otra surgen nuevas divergencias en el campo ético. Eso atañe de modo especial a las cuestiones relativas a la defensa de la vida, al matrimonio, a la familia y a la sexualidad humana. A causa de estas nuevas brechas que se están produciendo, el testimonio público común se ha debilitado notablemente, por no decir que resulta casi imposible. La crisis que se ha verificado en el interior de las respectivas comunidades se puede ejemplificar con gran claridad en la situación de la Comunión anglicana, que no es un caso aislado.

4) La teología protestante, marcada durante los primeros años del diálogo por el “renacimiento luterano” y por la teología de la palabra de Dios de Karl Barth, ahora ha vuelto a los motivos de la teología liberal. En consecuencia, constatamos que, en lo que atañe a la parte protestante, los fundamentos cristológicos y trinitarios que habían sido hasta ahora un presupuesto común, quedan a veces diluidos. Lo que considerábamos nuestro patrimonio común ha comenzado a deshacerse en muchos puntos como los glaciares en los Alpes.

Pero también hay fuertes corrientes contrarias, que han surgido como reacción ante los fenómenos que he mencionado. Se registra en todo el mundo un fuerte crecimiento de grupos evangélicos, cuyas posiciones coinciden por lo general con las nuestras en las cuestiones dogmáticas funda-

mentales, sobre todo en el campo ético, pero a menudo son muy divergentes en lo que atañe a la eclesiología, la teología de los sacramentos, la exégesis bíblica y la comprensión de la tradición.

Hay agrupaciones eclesiales importantes que desean imponer en el anglicanismo y en el luteranismo elementos de la tradición católica por lo que se refiere a la liturgia y al ministerio eclesial. A estas agrupaciones se les añaden cada vez más comunidades monásticas que, viviendo frecuentemente según la regla benedictina, se sienten cercanas a la Iglesia católica. Además, existen comunidades pietistas que, ante la crisis relativa a las cuestiones éticas, no se sienten totalmente a gusto en las comunidades eclesiales protestantes; y ven con gratitud las claras tomas de posición del Papa, que no hace mucho tiempo criticaban con un tono menos benévolo.

Todos estos grupos, juntamente con las comunidades católicas de vida consagrada y los nuevos movimientos espirituales, han constituido recientemente “redes espirituales”, agrupadas a menudo en torno a monasterios como Chevetogne, Bose y sobre todo Taizé, y también en movimientos como el de los Focolares y el de “Chemin neuf”.

De este modo, podemos decir que el ecumenismo vuelve a sus orígenes en pequeños grupos de diálogo, de oración y de estudio bíblico. Recientemente, estos grupos han tomado la palabra también en público, por ejemplo en los grandes encuentros de los movimientos en Stuttgart, en 2004 y en 2007. Así, juntamente con los diálogos oficiales, que cada vez resultan más difíciles, han surgido nuevas formas de diálogo prometedoras.

Por consiguiente, esta panorámica general nos muestra que no sólo existe un acercamiento ecuménico, sino que también hay fragmentaciones y fuerzas centrífugas que están actuando. Además, si tomamos en cuenta las numerosas “Iglesias” así llamadas independientes, que siguen surgiendo sobre todo en África, y la proliferación de grupúsculos a menudo muy agresivos, comprobamos que el panorama ecuménico ahora resulta muy diferenciado y confuso. Este pluralismo no es más que el reflejo de la situación pluralista de la

sociedad “pos-moderna”, que a menudo lleva a un relativismo religioso.

En el contexto actual, son particularmente importantes los encuentros como la asamblea plenaria del Consejo mundial de Iglesias, que tuvo lugar en febrero del año pasado en Porto Alegre (Brasil), el “*Global Christian Forum*” y la “Asamblea ecuménica europea”, celebrada en septiembre de este año en Sibiu-Hermannstadt (Rumanía). Estos encuentros tienen como finalidad reunir en diálogo a los diversos grupos divergentes y, en la medida de lo posible, mantener unido el movimiento ecuménico con sus luces, sus sombras y sus nuevos desafíos, en una situación que ha cambiado y que sigue cambiando rápidamente.

4. El tema del pluralismo me lleva a la tercera oleada de la historia del cristianismo, es decir, la difusión de los grupos carismáticos y pentecostales, los cuales, con cerca de cuatrocientos millones de fieles en todo el mundo, ocupan el segundo lugar entre las comunidades cristianas, desde el punto de vista numérico, y experimentan un crecimiento exponencial. Sin una estructura común y sin un órgano central, son muy diversos entre sí. Se consideran como el fruto de un nuevo Pentecostés; en consecuencia, el bautismo del Espíritu desempeña para ellos un papel fundamental.

Refiriéndose a ellos, el Papa Juan Pablo II afirmó que este fenómeno no debe considerarse sólo de modo negativo, pues, más allá de los innegables problemas, testimonia el deseo de una experiencia espiritual. Eso no quita que, por desgracia, muchas de esas comunidades mientras tanto se han convertido en una religión que promete una felicidad terrena.

Con los pentecostales clásicos ha sido posible entablar un diálogo oficial. Con otros siguen existiendo notables dificultades a causa de sus métodos misioneros un poco agresivos. Ante ese desafío, el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos ha organizado en varios continentes seminarios para obispos, teólogos y laicos comprometidos en el ecumenismo: en América Latina (São Paulo y Buenos Aires); en África (Nairobi y Dakar); en Asia (Seúl y Manila). El resultado de estos seminarios se refleja también en el documento final de la V Asamblea general del Episco-

pado latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida en mayo de este año.

Ante todo, es necesario hacer un examen de conciencia pastoral y preguntarnos de modo auto-crítico: ¿Por qué tantos cristianos abandonan nuestra Iglesia? No debemos comenzar preguntándonos: ¿qué es lo que no está bien en los pentecostales?, sino más bien: ¿cuáles son nuestras carencias pastorales, y cómo podemos reaccionar ante este nuevo desafío con una renovación litúrgica, catequética, pastoral y espiritual?

5. Esta pregunta nos lleva a la pregunta conclusiva: ¿De qué modo proseguir el camino ecuménico? No es posible dar una respuesta única. La situación es demasiado diversa según las regiones geográficas, los ambientes culturales y las Iglesias locales. Son las Conferencias episcopales, en particular, las que deben asumir sus responsabilidades.

En línea de principio, debemos partir del patrimonio común de fe y permanecer fieles a lo que, con la ayuda de Dios, ya hemos conseguido ecuménicamente. En la medida de lo posible, debemos dar un testimonio común de esta fe en un mundo cada vez más secularizado. Eso significa, en la situación actual, también redescubrir y reforzar los fundamentos de nuestra fe. De hecho, todo se tambalea y se vacía de sentido si no tenemos una fe firme y consciente en el Dios vivo, uno y trino, en la divinidad de Cristo, en la fuerza salvífica de la cruz y de la resurrección. Para quien ya no sabe lo que es el pecado y lo que es estar implicado en el pecado, la justificación del pecador no tiene ninguna importancia.

Sólo apoyándonos en la fe común es posible dialogar sobre nuestras diferencias. Y ese diálogo debe realizarse de un modo claro pero no polémico. No debemos ofender la sensibilidad de los demás o desacreditarlos; no debemos señalar con el dedo lo que nuestros interlocutores ecuménicos no son y lo que no tienen. Más bien, debemos dar testimonio de la riqueza y de la belleza de nuestra fe de un modo positivo y acogedor. De los demás esperamos la misma actitud. Si esto sucede, entonces podrá existir entre nosotros y nuestros interlocutores, como dice la encíclica *Ut unum sint* (1995), no sólo un intercambio de ideas, sino también de dones, con el que nos enriqueceremos ambos (cf. nn. 28 y 57). Ese ecume-

nismo de intercambio no es un empobrecimiento, sino un enriquecimiento mutuo.

En el diálogo fundamentado en el intercambio espiritual, el diálogo teológico desempeñará también en el futuro un papel esencial. Sin embargo, sólo será fecundo si está sostenido por un ecumenismo de la oración, de la conversión del corazón y de la santificación personal. En efecto, el ecumenismo espiritual es el alma misma del movimiento ecuménico (cf. *Unitatis redintegratio*, 8; *Ut unum sint*, 21-27) y a nosotros nos toca promoverlo en primer lugar. Sin una verdadera espiritualidad de comunión, que permite dejar espacio al otro sin renunciar a la propia identidad, todos nuestros esfuerzos desembocarían en un árido y vacío activismo.

Si hacemos nuestra la oración que Jesús pronunció en la víspera de su muerte, no debemos desalentarnos y vacilar en nuestra fe. Como dice el Evangelio, debemos confiar en que lo que pedimos en el nombre de Cristo será escuchado (cf. *Jn* 14, 13). A nosotros no nos toca decidir cuándo, dónde y cómo. Eso corresponde a Aquel que es el Señor de la Iglesia y que congregará a su Iglesia desde los cuatro vientos. Nosotros debemos contentarnos con hacer todo lo que esté de nuestra parte, reconociendo con gratitud los dones recibidos, es decir, lo que el ecumenismo ha realizado hasta ahora, y mirar al futuro con esperanza. Basta echar, con un mínimo de realismo, una mirada a los “signos de los tiempos” para comprender que no hay ninguna alternativa realista al ecumenismo, y sobre todo ninguna alternativa de fe.

CARDENAL WALTER KASPER  
*Pontificio Consejo para la Promoción de  
la Unidad de los Cristianos*



## LA CÁMARA DE OBISPOS ANGLICANOS

### *Informe del Comité Permanente Conjunto\**

Un informe del Comité Permanente Conjunto del Consejo Consultivo Anglicano y de los Primados de la Comunión Anglicana indicó que la Iglesia Episcopal de América “aclaró todas las cuestiones pendientes” relacionadas con su respuesta a la solicitud del “Informe de Windsor” y de aquellos puntos sobre los que los Primados habían solicitado obtener una respuesta para el 30 de septiembre. El informe, de 19 páginas, preparado por el Comité consta de dos partes y responde a la reunión de la Cámara de Obispos realizada del 20 al 25 de septiembre de 2007 en Nueva Orleans.

La primera parte del informe trata la respuesta de la Iglesia Episcopal al Informe de Windsor 2004, que contenía recomendaciones sobre la forma en que la Comunión Anglicana podría mantener su unidad en medio de opiniones teológicas divergentes. En la segunda parte trata los problemas pastorales relacionados con grupos que no están de acuerdo con la Iglesia, la situación de las personas homosexuales y temas sobre la estructura de la Iglesia Episcopal y, además,

\* By Matthew Davies, October 05, 2007 [Episcopal News Service]. Traducción del inglés de Carlos Martínez Oliveras CMF, Universidad de Comillas, Madrid.

convoca al cese de las intervenciones no autorizadas de obispos de otras jurisdicciones.

El Arzobispo de Cantórbery envió el informe a todos los Primados de la Comunión Anglicana y miembros del Consejo Consultivo Anglicano pidiéndoles que consultasen en sus Provincias y le respondieran para finales de octubre.

A la conclusión de su reunión del 19 de febrero los Primados emitieron un comunicado pidiendo que la Cámara de Obispos de la Iglesia Episcopal “haga un pacto claro y común indicando que no autorizarán ritos de bendición de uniones de personas del mismo sexo en sus diócesis” y “confirman que la aprobación de la Resolución B033 de la 75ª Convención General significa que un candidato al episcopado que convive con una persona del mismo sexo no recibirá el consentimiento necesario, a menos que surja un nuevo consenso sobre estos asuntos en la Comunión”.

Los Primados pidieron que se les respondiera para el 30 de septiembre y la Cámara de Obispos lo hizo el 25 de septiembre mediante el documento “Una respuesta a las preguntas y preocupaciones de nuestros compañeros en la Comunión Anglicana”.

El Comité Conjunto Permanente (JSC, por su sigla en inglés) y el Arzobispo de Cantórbery se sumaron a la Cámara de Obispos durante su reunión en Nueva Orleans. Sin embargo, cuando llegó la hora de partida de los miembros del Comité, los obispos continuaban formalizando su respuesta. En su informe los miembros del Comité notaron la importancia de reunirse personalmente con los Obispos de la Iglesia Episcopal y reconocieron la necesidad de presentar una respuesta en toda la Comunión sobre el resultado de sus deliberaciones.

El Comité expresó en su informe que los obispos se habían comprometido a no autorizar ritos públicos en sus diócesis “hasta que la Convención General” lo disponga. Además, el informe destacó que los obispos “no tienen la autoridad para limitar los actos futuros de la Convención General tal como la mayoría de los sínodos generales de las Provincias de la Comunión Anglicana tampoco pueden ser limitados por una parte o sector de su estructura”.



Cuando el informe se emitió el 2 de octubre, todos los miembros del JSC, con la excepción de cuatro de sus miembros, habían dado su asentimiento. El Primado de Jerusalén y el Medio Oriente, Mouneer Anis, uno de los miembros del Comité Permanente de los Primados, después indicó que él está completamente en desacuerdo con el informe del Comité y opinó que los obispos “no habían satisfecho las peticiones del Informe de Windsor”, declarando una moratoria en los ritos públicos de bendición de las uniones de personas del mismo sexo. Además dijo que la explicación de los obispos sobre la Resolución B033 contiene elementos contradictorios sobre el lugar que les corresponde a los gays y lesbianas en la Iglesia.

Después de la Convención General de 2006 el Comité Permanente Conjunto formó un Subgrupo sobre Comunión que fue encargado de evaluar la respuesta de la Convención General de la Iglesia Episcopal al Informe de Windsor y presentar un informe a los Primados en febrero de 2007. El consenso del Subgrupo fue que, aunque la Iglesia Episcopal no había usado precisamente el texto del Informe de Windsor pidiendo “una moratoria” sobre el consentimiento a la elección de obispos homosexuales, la respuesta había sido adecuada.

El informe del Comité expresaba que al confirmar “la interpretación del Subgrupo sobre la Comunión y citándolo explícitamente y, además, reconociendo explícitamente que la última parte de la Resolución B033 se refiere a ‘clérigos gay y lesbianas que no son célibes’ la Cámara de Obispos respondió en forma positiva a las preguntas de los Primados. Ellos han confirmado la interpretación del subgrupo, que la cautela se ejerce de una forma específica ‘no consintiendo’ y que esto específicamente incluye a ‘clérigos gay y lesbianas que no son célibes.’ Por lo tanto han afirmado claramente que el Subgrupo de Comunión estaba en lo cierto al interpretar que la Resolución B033 satisfacía la petición del Informe de Windsor”.

El Comité notó que debido a los eventos recientes, “en la Comunión también han surgido enormes tensiones sobre el cuidado pastoral de aquellas parroquias y diócesis de la Iglesia Episcopal que se encuentran alienadas de la vida y estructura de la Iglesia Episcopal”. El informe agregó que los

líderes de la Iglesia Episcopal se encuentran “de acuerdo que se puede ofrecer la atención y protección necesaria” por el sistema de Delegación de la Supervisión Pastoral del Episcopado (DEPO) “mientras que las congregaciones que han buscado opciones diferentes, el hecho de hacerlo manifiesta que ellos creen que tal provisión es insuficiente”.

Por lo tanto, el Comité recomienda que el Arzobispo de Cantórbery inste a seguir conversando “sobre el tema de provisión del cuidado pastoral y supervisión para las congregaciones y parroquias disidentes”, y que estas conversaciones “deben ser hechas conjuntamente con el sistema de ‘visitadores episcopales””, anunciado por la Obispa Presidenta Katharine Jefferts Schori durante la reunión de la Cámara de Obispos y que los obispos apoyaron en su propia declaración.

Diez obispos aceptaron la invitación de Jefferts Schori para servir como “visitadores episcopales” para las diócesis que han solicitado dicha provisión.

“Creemos que estas iniciativas ofrecen una base estable sobre la cual se puede proceder”, dijo el informe del Comité agregando que Jefferts Schori “ha manifestado que ella voluntariamente ha dejado abierta y flexible la operación del ministerio de los visitadores episcopales, pues cree que lo mejor es dejar en manos del visitador y del obispo correspondiente establecer un sistema funcional”.

El Comité nota que la Obispa Presidenta puso solamente dos condiciones: “primero, que los visitadores episcopales no alienen a las diócesis o parroquias a separarse de la Iglesia Episcopal y, segundo, que los visitadores episcopales ocasionalmente informe a la Obispa Presidenta”.

El informe dice que “al dejar que el ministerio sea flexible en su organización y desarrollo, creemos que la Obispa Presidenta ha abierto una puerta para poder proceder”. El Comité recomendó que el Arzobispo de Cantórbery debería buscar la forma “de animar a los líderes de la Iglesia Episcopal a acercarse a quienes están buscando diferentes formas de supervisión a conversar con quienes están encargados de su supervisión dentro de las estructuras actuales para buscar una forma de progresar”.

Teniendo en cuenta el aumento de la cantidad de litigios dentro de la Iglesia Episcopal, el Comité dijo que era consciente “de la llamada de los primados en Dar-es-Salaam para poner fin estos litigios”.

En su declaración de Nueva Orleans, los obispos reconocieron que “las consultas en toda la comunión pueden desempeñar un papel útil respecto a las necesidades pastorales de quienes buscan una supervisión alternativa así como las necesidades pastorales de los gay y las lesbianas en esta y en otras provincias”.

Sobre la Cámara de Obispos, el Comité dijo que “está correcto al identificar la cooperación y la participación en la Comunión de forma tal que se respete la integridad de la Provincia Americana, como un elemento importante para tratar los problemas de supervisión pastoral para los que buscan una alternativa diferente”.

Reconociendo la necesidad de poner fin a las incursiones, el Comité destacó que los obispos recordaron a todos los anglicanos su compromiso a apoyar el principio de la jurisdicción local, diciendo que “no solamente los antiguos concilios de la Iglesia demandan respetar el tema pero, además, este principio fue claramente articulado y defendido cuando el diseño básico de la Comunión Anglicana fue forjado durante las primeras Conferencias de Lambeth, además de haber sido reiterado y pronunciado cuando en épocas más recientes las tensiones han aumentado”.

“No podemos comprender como ciertos primados pueden pedir de buena fe que la Iglesia Episcopal cumpla las recomendaciones del Informe de Windsor mientras ellos buscan razones para eximirse de cumplirlas. Recomendamos que el Arzobispo les haga recordar sus palabras y acciones”.

El informe cita comunicados de las últimas cuatro reuniones de los Primados en las cuales ellos reclamaban que mutuamente se respetara la integridad de cada Provincia y notaron la urgente necesidad de poner fin a las intervenciones y la adopción de las recomendaciones del Informe de Windsor.

El Comité añadió que las recientes consagraciones en las provincias africanas de obispos misioneros para América

del Norte “parecen estar en la misma categoría” que las consagraciones del año 2000 de obispos para servir en la Misión Anglicana en América que, algo que en aquel momento el entonces Arzobispo de Cantórbery, George Carey, describió como “irregulares”.

Sobre este tema el informe dijo: “comprendemos que (...) las consagraciones tuvieron lugar sin consultar e incluso contra los consejos del Arzobispo de Cantórbery. Creemos que este es el momento apropiado para un esfuerzo decidido que ponga fin a las intervenciones. El Informe de Windsor ha solicitado a los arzobispos y obispos intervinientes ‘que busquen un acuerdo con las diócesis cuyas parroquias han sido tomadas a su cargo”.

El Comité también recomendó que el Arzobispo de Cantórbery “explora formas de facilitar el diálogo entre estos primados y la Obispa Presidenta, lo cual tendría que incluir a otros obispos de las diócesis intervinientes y los obispos en cuyas diócesis se han dado las intervenciones para que las dimensiones de los problemas presentes puedan ser plenamente articuladas y comprendidas de modo que se puedan discernir formas de progresar”.

En su tratado de “La vida de personas de orientación homosexual en la Iglesia”, el Comité reafirmó la Resolución 1.10 de la Conferencia de Lambeth de 1998 como la enseñanza más ampliamente aceptada de la Comunión, pero resaltó que las resoluciones de Lambeth carecen “de autoridad magistral en la Comunión Anglicana; es decir, que en sí mismas no son obligatorias para los fieles de las Iglesias de la Comunión Anglicana”.

Sin embargo, continuó diciendo el informe, “la Resolución 1.10 expresa la interpretación sobre el matrimonio cristiano y las relaciones sexuales que realmente es reconocida y enseñada en la gran mayoría de las iglesias y Obispos anglicanos de todo el mundo y, es más, por la gran mayoría de las denominaciones y líderes cristianos”.

Al concluir su informe, el Comité reconoció que “la vida de la Comunión Anglicana ha sido dañada seriamente durante los últimos años subsiguientes a las tensiones originadas por la consagración en la Iglesia Episcopal de un obispo que convive con una persona del mismo sexo y por la

autorización en muchas diócesis de Ritos de Bendición de las uniones de personas del mismo sexo”, pero recomendó que “con la respuesta de septiembre de 2007 de la Cámara de Obispos de la Iglesia Episcopal, la Comunión debe concluir el tratamiento de estos temas, aunque sea por el momento”.

“La Comunión parece estar convergiendo hacia una posición que establece que aunque no es apropiado proceder a ritos de bendición de uniones de personas del mismo sexo y a la consagración de obispos que conviven sexualmente fuera del matrimonio cristiano, necesitamos tomar nuestro ministerio con los gays y lesbianas dentro de la Iglesia con toda seriedad poniendo fin a la discriminación, la persecución y la violencia en contra de ellos. Sobre este aspecto, la Iglesia Episcopal y los Instrumentos de Comunión se encuentran unánimes. El proceso de escucharse atentamente y dialogar debe intensificarse. Sólo viviendo en comunión es como podremos cumplir nuestra vocación como Comunión”.

